

XIX

Casio fué el primero que percibió la traición y trató de oponerse á ella.

Echó una rápida ojeada sobre los que rodeaban á Craso y en vano buscó entre ellos una fisonomía que lo tranquilizara.

Los que se sonreían—y el surena, con sus ojos pintados, sus mejillas llenas de colorete y sus cabellos separados en lo alto de la frente como los de una mujer, era de los mas risueños—lo hacían de un modo siniestro, como la venganza satisfecha.

Octavio, que habia continuado su marcha á pié, cogió la brida del caballo de Craso y lo detuvo, diciendo:

—El general no irá mas lejos.

Pero el surena dió un golpe con su arco en las

ancas del caballo de Craso, que se encabritó y trató de zafarse de las manos de Octavio.

Los demas romanos que acompañaban á Craso comprendieron entonces la acción de su teniente; separaron á los escuderos y se pusieron delante de la montura de Craso, diciendo:

—Nosotros somos los que debemos escoltar al general.

Entonces, sin que las hostilidades se hubiesen aun declarado, hubo agitacion, agrupamiento, tumulto.

En aquel tumulto Octavio sacó la espada y viendo que un escudero habia cogido el caballo de Craso por la brida, y tiraba de él hácia sí, lo atravesó por medio del cuerpo.

Al mismo tiempo que caía el escudero, Petronio, que habia aceptado un caballo, caía tambien de él, pero no herido, sino de un golpe recibido en la cabeza.

Octavio se inclinó para ayudar á levantarse á su compañero, y al efectuarlo recibió por detras un golpe que lo dejó en el sitio.

El mismo Petronio fué muerto tambien antes de haber podido levantarse.

En aquel momento Craso cayó á su vez.

¿Habia sido herido ó fué accidental su caída?

Se ignora.

Pero apenas estuvo en el suelo, un parto llamado Promaxatres se arrojó sobre él y le cortó la cabeza primero y la mano derecha despues.

Toda aquella escena, rápida como el relámpago, pareció pasar entre nubes, cual el relámpago mismo.

Los soldados que habian permanecido en la colina se hallaban demasiado lejos para poder ver los pormenores, y de los que acompañaban á Craso, Octavio y Petronio habian muerto al mismo tiempo que él.

Los demas, esto es, tres ó cuatro hombres, aprovechando la confusion, lograron volver á la colina, sin pensar una sola vez en mirar hácia atras, como se comprenderá.

El surena dejó el cuerpo de Craso en el sitio en que habia caido, examinó cuidadosamente su cabeza y su mano derecha, en la cual tenia un anillo, y las entregó á un gefe llamado Silaces.

Despues se adelantó hácia los romanos, y cuando estuvo al alcance de la voz:

—Romanos! les dijo, la guerra ha terminado; el rey se la hácia únicamente á vuestro general, pues él y no vosotros era quien la habia querido. Podeis, pues, venir á nuestro campamento con toda seguridad; á los que eso hagan se les perdonará la vida.

Una parte del ejército creyó aún en las palabras de aquel hombre y se rindió.

La otra permaneció donde estaba, y llegada la noche, careciendo de gefes, se dispersó por las montañas.

Y aquellos hombres fueron los que salieron mas bien librados.

Mil quinientos ó dos mil llegaron á ganar las fronteras, al paso que de los que se habian rendido jamas se volvió á ver uno siquiera; los partos los degollaron á todos.

“Se cuenta, dice Plutarco, que fueron en junto veinte mil muertos y diez mil prisioneros.”

Pero como los prisioneros no volvieron á aparecer nunca, pueden ponerse en el número de los muertos.

Ahora pasemos al epílogo de esa espantosa tragedia, en la cual nos hemos estendido quizá demasiado, seducidos por su parte dramática y sobre todo filosófica.

Mientras tenian lugar esos acontecimientos en Mesopotamia, á algunas leguas de Charres, Orodes habia hecho la paz con el armenio Artabazo.

Una de las condiciones de ella habia sido el matrimonio de la hermana de Artabazo con Pacoro, hijo de Orodes.

Se celebraban, pues, fiestas en la capital de Armenia mientras que en Mesopotamia se degollaban galos y romanos.

Dichas fiestas, dadas con motivo del matrimonio de los dos jóvenes, consistian particularmente en representaciones escénicas del antiguo teatro griego; pues Oródes, por mas bárbaro que fuese, hablaba algo la lengua latina y bastante bien la griega, al paso que Artabazo, rey y autor dramático al propio tiempo, se dedicaba á la historia en el primer concepto y hacia tragedias en el segundo.

Ahora bien, una noche, en el momento en que acababan de retirar las mesas del festin, y en que un autor trágico de Tralles, ciudad de Caria, nombrado Jason, cantaba con gran satisfaccion de los espectadores el papel de Agavé en *las Bacantes* de Eurípides, llamaron á la puerta de palacio.

Artabazo quiso saber quién llamaba.

Salió un oficial, y un momento despues volvió á entrar diciendo que era un gefe parto llamado Silaces, el cual traia al rey Orodés buenas noticias de Mesopotamia.

El rey Orodés conocia á Silaces como uno de los familiares del surena; ademas, era un grande del imperio.

A una señal de asentimiento del rey Artabazo, mandó que fuese introducido el enviado.

Silaces empezó por prosternarse delante de Orodés; despues, soltando el extremo del manto, que te-

nia recogido, hizo rodar á los piés del rey la cabeza y la mano de Craso.

Orodés lo comprendió todo en seguida sin mas explicacion, y los partos que se hallaban en el festin hicieron resonar la sala con aplausos y gritos de alegría.

El rey hizo sentar á Silaces á su lado.

Por su parte el actor Jason, que llegaba en aquel momento á la escena en que Agavé tiene entre sus manos la cabeza de Pentea, que en su locura toma por la de un leon, entregó á un corista aquella cabeza, cogió la que habia hecho rodar Silaces, y exclamó, como si continuase su papel, pero presentando la cabeza de Craso en lugar de la de Pentea:

—Traigo de la montaña un nuevo adorno para mi tirso, un brillante trofeo de caza. Como veis, he cogido en mis redes este leon.

Aquella accion del actor hizo furor.

Lnego, como continuase su diálogo con el coro y este le preguntase:

—¿Quién le dió el golpe mortal?

Promaxatres se lanzó al lado de Jason, y arrancándole la cabeza de las manos:

—A mí, á mí, exclamó repitiendo los versos de Eurípides, á mí es á quien pertenece ese honor.

En efecto, como se recordará, él era quien habia matado á Craso y cortádole la cabeza y la mano.

Aquel episodio inesperado completó la fiesta; fiesta extraña, en que luchaban juntas la civilización y la barbarie.

La tragedia ficticia y la tragedia real.

Orodes hizo dar un talento á cada uno de los dos actores, Jason y Pramaxatres.

Así terminó aquella grande y loca empresa de Craso, rompiéndose, por muerte de uno de sus miembros, el primer triunvirato.

Si quiere saberse lo que se hicieron los demas actores de esa escena, vamos á decirlo en dos palabras.

El surena fué asesinado por orden de Orodes.

Su victoria sobre Craso lo había elevado á una altura capaz de dar celos al rey.

Este lo derribó como se derriba un árbol que da demasiada sombra.

Pacoro, su hijo, que acababa de casarse con la hermana de Artabazo y que habia visto la cabeza y la mano de Craso desempeñar un papel en las fiestas de su boda; fué vencido y muerto en una gran batalla que dió á los romanos.

Orodes cayó enfermo de hidropesía.

La enfermedad era mortal; pero su segundo hijo Fraates, pareciéndole que no moria bastante pronto, lo envenenó.

“Mas sucedió, dice Plutarco, que el veneno era el remedio desconocido del mal que tenia Orodes; el mal lo recibió y lo absorbió y se espulsaron uno á otro.

“Así, pues, prosigue Plutarco, Orodes se alivió.”

Pero entonces Fraates tomó el camino mas corto: estranguló á su padre.

XX

Volvamos á Caton y á Pompeyo; despues echaremos una ojeada por las Galias y veremos lo que hace César.

Caton sigue siendo el hombre escéntrico que tiene privilegio para hacer cuanto quiere, pero que á pesar de eso no puede hacerse nombrar cónsul.

Ya hemos dicho que habia solicitado ese cargo y que habia fracasado.

Pero eso no basta; tratándose de un hombre de su importancia, hay que decir cómo fracasó.

Se recordará lo que Caton habia predicho á Pompeyo respecto de César.

Este, preciso es confesarlo, cumplia en toda aquella profecía.

El era el único cuya reputacion crecia en medio de tan desastrosas escenas.

Con una felicidad sin igual, se habia librado de aquellas mezquinas guerras del Forum, que desde hacia seis años empequeñecian á Pompeyo, yendo á emprender una guerra importante.

Hay en la verdadera guerra algo de serio y leal que eleva á los hombres á toda la altura que son capaces de alcanzar.

¿Qué era César en el Forum?

Un tribuno menos popular que Clodio, menos enérgico que Catilina, menos puro que los Gracos.

En el ejército empezaba á rivalizar con Pompeyo, y, por lo tanto, á sobrepujar á todos los demas.

A la mágia de la gloria, la mas brillante de todas las mágias, unia la profunda habilidad y la sorda y eterna corrupcion, que eran sus dos grandes medios.

Caton veia menos sus victorias en las Galias que el camino que hacia en Roma.

Segun él, no habia mas que un modo de detenerlo en aquel camino, que tendia á la abolicion de la República, y era hacerse nombrar cónsul; cónsul él en Roma, se opondria á César, imperátor en las Galias.

Así era en efecto.

Pero hizo decretar por el Senado que los candidatos se entenderian ellos mismos con el pueblo y que nadie podria pedir sufragios en su nombre.

Era un mal modo de lograr su objeto.

Caton era un solicitante muy mediano.

“Ademas, el pueblo, dice cándidamente Plutarco, estaba disgustado, porque así le quitaban su salario.”

Caton, pues, solicitando el consulado, como el Coriolano de Shakspeare, fracasó por completo.

Cuando se recibia un golpe por el estilo, era costumbre que el interesado se encerrase en su casa algunos días y los pasase con sus amigos y su familia entregado á la tristeza y al luto.

Pero Caton no hizo nada de eso.

Como achacaba su desgracia á la corrupcion y pretendia ser mejor que su época, no veia en aquella desgracia sino un nuevo homenaje que le hacian sus conciudadanos.

Así, pues, aquel mismo dia se hizo frotar con aceite y fué á jugar á la pelota al Campo de Marte, y despues de comer bajó al Forum, segun tenia de costumbre, sin túnica y sin zapatos, y se estuvo paseando hasta la noche con sus familiares.

El pueblo le seguia, aplaudiéndolo, pero sin nombrarlo cónsul.

Aquella conducta le valió la censura de Ciceron, el hombre del justo medio.

—O querias ser cónsul ó no, le dijo.

—Quería serlo, contestó Caton, pero por el bien de la República y no por satisfacer pasiones.

—Tanto peor entonces, replicó Ciceron; si lo hacias por el bien de la República debias sacrificarle tu rigidez.

Caton movió la cabeza: era de esos hombres que creian tener siempre razon.

Ya hemos dicho que Caton tenia un fanático que se llamaba Favonio; era respecto á él lo que Apolodoro respecto á Sócrates: en Roma le llamaban su mono.

Favonio solicitó el cargo de edil y no lo consiguió. Caton lo habia apoyado.

Como se vé, Caton no tenia muy buena mano, pero era pertinaz.

Se hizo entregar las tablillas en que estaban inscritos los votos, mostró que todos estaban escritos de una misma mano, apeló á los tribunales é hizo anular la eleccion.

Al año siguiente Favonio fué nombrado edil.

En otro lugar hemos dicho que era costumbre que todo nuevo edil diese juegos al pueblo.

Favonio se puso á pensar qué juegos podria dar para competir con Curion, su colega.

Curion estaba arruinado, pero como se estaba arruinado en Roma, —debía millon y medio ó dos millones de pesos, una miseria;—Favonio, pues, tenia que arruinarse para sobrepujar á aquel hombre arruinado.

La ventaja de las fortunas destruidas es que no se teme destruirlas.

En un momento dado, César tendrá necesidad de Curion y le dará cincuenta millones de sestercios (dos millones de pesos.)

¿Acaso no hemos visto en nuestros días hombres nunca arruinados?

Caton llegó á casa de Favonio en el momento en que este se devanaba los sesos no sabiendo que novedades ofrecer al pueblo en una época en que Pompeyo hacia combatir trescientos quince leones melendados y veinte elefantes.

Caton se encargó de los juegos.

En seguida se esparció por toda Roma aquella noticia.

Caton *empresario* debía ser una cosa en extremo curiosa.

Lo que hizo fué volver los juegos á su antigua sencillez.

En lugar de coronas de oro distribuyó á los músicos coronas de olivo como en Olimpia.

Luego, en vez de los magníficos regalos que era costumbre hacer, distribuyó á los romanos cántaros de vino, carne de puerco, higos, pepinos y haces de leña, y á los griegos ajos puerros, lechugas, rábanos y peras.

Los griegos, que eran hombres de talento, mascararon sus rábanos y chuparon sus puerros riéndose.

Los romanos, que tenían buen estómago, comieron su carne de puerco y sus higos diciendo:

—¡Qué original es el tal Caton!

Después, por una de esas rarezas que suele tener el pueblo, este puso de moda los juegos de Favonio.

Habia empujones y atropellos para ir á coger los manojos de rábanos ó los haces de leña.

Curion y sus juegos hicieron completo *fiasco*.

Verdad es que era Caton en persona quien ponía las coronas de oliva en la cabeza de los cantantes y quien distribuía los puerros y los pepinos.

Se quería ver á Caton despachando legumbres.

Favonio aplaudía á Caton al par de la multitud.

Todo eso sucedía mientras tenían lugar los acontecimientos que hemos contado arriba, entre Milon y Clodio, y á consecuencia de los cuales habia sido nombrado Pompeyo, momentáneamente, cónsul único.

Caton se habia opuesto al pronto á aquel nombramiento.—Ya sabemos que se oponía á todo.—Pero habian ocurrido dos sucesos que, sin coincidencia alguna entre sí, debían, sin embargo, segun Caton, ejercer una influencia fatal sobre la libertad.

Julia, la mujer de Pompeyo, habia muerto, como

hemos dicho, y Craso había sido derrotado y muerto por los partos.

La muerte de la primera rompía la alianza del suegro y el yerno: Julia era el lazo de union entre César y Pompeyo.

La muerte de Craso deshacía el triunvirato.

El temor que Craso inspiraba en particular á César y á Pompeyo, les hacía observar mutuamente las condiciones del tratado que habían firmado; pero cuando la muerte les hubo quitado del medio aquel adversario que podía, si no por su genio al menos por su pluma, luchar contra aquel de los dos que quedase victorioso, ya no hubo realmente sino dos campeones prontos á disputarse la posesion del mundo.

Ahora bien, Caton no amaba á Pompeyo; pero sobre todo aborrecía á César.

Caton no olvidaba que César había publicado su *Anticaton* y que en él le echaba en cara dos cosas: la primera, haber pasado por un tamiz las cenizas de su hermano á fin de extraer el oro de las telas preciosas en que lo había envuelto; la segunda, haber cedido su mujer, jóven, á Hortensio, con la esperanza de volverla á tomar mas tarde, vieja y rica, como había sucedido.

Entretanto, Caton se desesperaba. ¿Qué querían aquellos dos hombres que hallaban el mundo demasiado pequeño para ambos?

Los dioses habían dividido el universo en tres partes: Júpiter ocupó el cielo, Neptuno la mar, Pluton los infiernos, y una vez hecha la reparticion, permanecieron tranquilos á pesar de ser dioses. César y Pompeyo eran dos á dividirse el imperio romano y este no les bastaba!

XXI

Lo que asustaba á Caton era el estraño poder que adquiria César en Roma á pesar de estar ausente.

Mientras que el eco de Oriente llevaba la noticia de la derrota de Craso, el eco de Occidente llevaba la de las victorias de César.

Un día se supo que habia marchado contra los germanos, con los cuales estaba en paz la República, y que les habia matado trescientos mil hombres.

Era la misma infraccion que con los partos habia cometido Craso, solo que este habia dejado treinta mil hombres y perdido la vida donde César habia hallado una nueva ocasion de aumentar su gloria y su popularidad.

Al ruido de aquella victoria el pueblo lanzó grandes gritos de alegría y pidió que se diesen gracias á los dioses públicamente.

Pero Caton, por el contrario, alzó la voz contra César, por haber cometido la injusticia de atacar á un pueblo con el cual Roma estaba en paz, y pidió que César fuese entregado á los germanos para que estos hiciesen de él lo que mejor les pareciese.

—Hagamos sacrificios á los dioses, decia, para darles gracias por no haber hecho caer sobre el ejército la locura y la temeridad del general; pero castigemos á ese general para no atraer sobre nosotros la venganza de los dioses y cargar á Roma con el peso de un sacrilegio.

Escusado es decir que aquella proposicion fué vergonzosamente rechazada.

César supo en el fondo de las Galias la buena voluntad que le profesaba Caton y en una carta al Senado llenó á su vez á aquel de injurias y acusaciones.

Entre estas últimas ocupaban un buen lugar los dos registros de las cuentas chipriotas, el uno perdido en el mar y el otro en el fuego; respecto al odio de Caton hácia Pompeyo, preguntaba si no provenia de haberse negado este á casarse con su hija.

A aquellas imputaciones contestó Caton que poco importaba la pérdida ó la conservacion de los susodichos registros; que sin haber recibido de la república ni un caballo, ni un soldado, ni un buque, habia traído de Chipre mas oro y plata que cuanto podia haber conquistado nunca Pompeyo con sus guer-

ras y sus triunfos, trastornando el universo; y en cuanto á la negativa de Pompeyo de tenerle por suegro, él era, por el contrario, quien se habia negado á tener á aquel por yerno,—no porque creyese á Pompeyo indigno de semejante alianza, sino porque creia que sus principios no estaban de acuerdo con los suyos.

Nombrado Pompeyo cónsul único, como hemos visto habia restablecido el orden y hecho condenar á Milon, sin cuidarse de que este fuera hechura suya y sin recordar el servicio que le habia hecho matando á Clodio.

La tranquilidad, desterrada de Roma, habia, pues, vuelto á entrar en ella triunfalmente, como Ciceron.

Este llama al consulado de Pompeyo *divino*.

¿A dónde conducia todo eso á Roma?

A la monarquía,—ó, cuando menos, á la dictadura.

En efecto, de tal modo detestaban los romanos la palabra *rey*, que hubiera sido una gran locura pronunciarla.

Disfrazada la cosa con el nombre de dictadura, era mucho menos temible. Es verdad que se recordaba la de Sila, pero aquella habia sido una dictadura aristocrática, y toda la nobleza, todo el patriciado de Roma particularmente, creia que una dictadura

así era preferible á tribunados como los de Clodio y de los Gracos.

Resultó, pues, que Pompeyo se creyó bastante fuerte para hacer una tentativa.

Sus partidarios esparcieron, pues, sordamente por Roma la voz de que Pompeyo, cónsul, no podia hacer aún todo el bien que deseaba, y, sobre todo, impedir todo el mal que temia.

Despues, los que manifestaban aquella especie de pesar, meneaban melancólicamente la cabeza, como obligados á llegar á tal estremidad, diciendo:

—Triste es confesarlo, pero se necesita un dictador.

De modo que no se oian mas que estas palabras, pronunciadas á media voz:

—Se necesita un dictador, es preciso un dictador: Luego añadian:

—Y, francamente, solo Pompeyo puede serlo.

Caton oia decir aquello como los demás y entraba en su casa furioso.

Al fin un hombre se encargó de formular aquel pretendido deseo del pueblo, aquella supuesta necesidad de Roma: fué el tribuno Lucilio.

Propuso públicamente nombrar á Pompeyo dictador.

Pero Caton estaba allí; subió á la tribuna detras

de él y lo trató tan rudamente, que Lucilio estuvo á pique de perder su cargo.

Viendo aquel mal éxito, varios amigos de Pompeyo se presentaron á declarar en su nombre que jamás hubiera aceptado la dictadura, caso de que se la hubieran dado.

—¿Hablais en nombre de Pompeyo, les dijo Caton, ó solo en el vuestros?

—En el de Pompeyo, contestaron los embajadores.

Entonces, replicó Caton, tiene un modo muy sencillo de probar su buena fé; todo el poder se halla en sus manos; que haga entrar á Roma en la legalidad, ayudando al pueblo á nombrar dos cónsules.

En seguida fueron á comunicar á Pompeyo el medio propuesto por Caton.

Al dia siguiente bajó Pompeyo al Forum, y dirigiéndose al pueblo:

—Ciudadanos, dijo, he obtenido todos los cargos públicos mucho antes de lo que yo habia esperado, é igualmente he hecho siempre dejacion de ellos mucho antes de lo que se esperaba tambien. ¿Qué desea Caton? Haré lo que él quiera.

Caton pidió que por influencia de Pompeyo se eligiesen dos cónsules, sin trastorno alguno, si era posible.

Pompeyo fijó los comicios para de allí á un mes, declaró que todos los ciudadanos podrian presentarse libremente á solicitar el consulado siempre que reuniesen las condiciones necesarias y aseguró que serian elegidos los dos cónsules sin trastorno alguno.

Muchos se presentaron.

Domicio y Mesala salieron electos.—El primero era el mismo contra quien Pompeyo habia cometido tantos actos ilegales, entre ellos el de tenerlo sitiado en su casa mientras se hacia nombrar cónsul con Craso.

Despues entregó el poder, retirándose ó haciendo que se retiraba á la vida privada.

¿De qué procedia aquella facilidad en volver á ser simple particular?

Hacia cerca de dos años que Julia habia muerto y Pompeyo estaba enamorado.

De quién?

De una jóven encantadora muy á la moda en Roma; de la hija de Metelo Escipion, viuda de Publio Craso.

Se llamaba Cornelia.

Era en efecto una mujer distinguida, muy versada en la literatura y escelente música; tocaba la lira, lo cual no le impedía haber estudiado geometría y leer los filósofos en sus ratos de ocio.

Era lo que en nuestros dias llamamos una literata.

Aquel matrimonio hizo menear la cabeza á todos los hombres formales de Roma.

Pompeyo no tenia menos de cincuenta y tres años. ¿Qué iba á hacer con una mujer de diez y nueve, que cuando mas hubiera podido casarse con el menor de sus dos hijos?

Ademas, los republicanos creian que Pompeyo habia olvidado en aquella ocasion la situacion precaria de la República.

Con los nuevos cónsules empezaron otra vez los trastornos. ¿Qué hacia Pompeyo mientras el pueblo peleaba en el Forum, como en los buenos tiempos de Clodio y de Milon?

Se coronaba de flores, hacia sacrificios y celebraba sus bodas.

Pero, ¿por qué Caton habia turbado el consulado de Pompeyo? ¿Le convenia tanto á Ciceron! ¿Iban tan bien las cosas en Roma cuando Pompeyo era cónsul único!

Así, pues, apenas Mesala y Domicio estuvieron á punto de terminar su tiempo,—no nos atrevemos á decir si llegaron al fin de él,—volvió á germinar en la mente de todas las *personas honradas* de Roma la idea de tener á Pompeyo por dictador.

Nótese que, gracias á la oposicion hecha por Caton, este se hallaba en el número de las *gentes no honradas*.

Se propuso, pues, de nuevo la dictadura para Pompeyo. Pero entonces subió Bíbulo á la tribuna. Se recordará que Bíbulo era el yerno de Caton. Todo el mundo esperaba, pues, algun vehemente discurso contra Pompeyo.

Pero no sucedió así. Bíbulo propuso reelegir á Pompeyo cónsul único.

Le daba una gran autoridad, pero limitada al menos por las leyes.

De ese modo, decia Bíbulo, la República saldrá de la confusion en que se halla y será esclava del mejor ciudadano.

De parte de Bíbulo, parecia estraña aquella proposicion.

Así, cuando el pueblo vió á Caton levantarse, creyó que, segun su costumbre, iba á tronar contra todo el mundo, y particularmente contra su yerno.

Pero tampoco hubo nada de eso.

Con gran admiracion de la multitud, se oyeron salir de su boca las siguientes palabras, que fueron pronunciadas en medio de un profundo silencio.

—Jamás hubiera emitido yo el parecer que acabais de oír; pero ya que otro lo ha formulado, creo debemos seguirlo. Prefiero á la anarquía una magistratura, cualquiera que sea, y no conozco á nadie mas á propósito que Pompeyo para mandar en medio de tan grandes trastornos.

El Senado, que solo esperaba la opinion de Caton para pronunciarse, se adhirió á ella en seguida.

Decretó que Pompeyo seria nombrado cónsul único, y que si creia necesitar un colega lo escogeria él mismo, pero que todo ello no podria verificarse antes de dos meses.

Encantado Pompeyo de haber hallado un apoyo en el mismo en quien pensaba encontrar un adversario, invitó á Caton á irlo á ver á sus jardines del arrabal.

Caton fué allí.

Pompeyo le salió al encuentro y lo abrazó, dándole las gracias por su apoyo, suplicándole que lo ayudase con sus consejos y que obrase en todo como si compartiese la autoridad con él.

Pero Caton, siempre uraño, se redujo á contestar á todos aquellos halagos de Pompeyo:

—Mi anterior conducta no ha sido dictada por un sentimiento de ódio; la presente no tiene por causa motivo alguno de favor. En otro tiempo, como hoy, solo he mirado el interes del Estado. Cuantas veces me consultes sobre tus negocios privados, te daré gustoso un consejo; mas por lo que hace á los negocios públicos, pídamelo ó no, te daré siempre mi parecer, y por cierto en alta voz.

Ciceron, por su parte, era todo lo contrario de Caton; este parecia tener á honor el llevarse mal con

todo el mundo; aquel se llevaba tan bien con César como con Pompeyo.

En el mes de Noviembre del año 700 de Roma, esto es, cincuenta y tres años antes de Jesucristo, escribia Ciceron á Atico:

“Hallo un primer consuelo, y como una tabla en mi naufragio, en mi amistad con César. Colma á mi hermano Quinto,—casi diria al tuyo,—¡dioses benéficos!—de honores, miramientos y favores, á tal punto, que no estaria mejor si yo fuera su imperator. ¿Crearás que César, segun me escribe, acaba de decirle que escoja él mismo el cuartel de invierno para sus legiones? ¿Y tú no le amarias? ¿A quién amarias sino entre toda esta gente? A propósito ¿te he dicho que soy teniente de Pompeyo y que saldré de Roma en los ídus de Enero?”

¡Oh digno Ciceron!

¡Y pensar que á no haber sido por Fulvia se hubiera llevado tan bien con Antonio como se llevaba con Pompeyo y con César!